

## El regateo por la paz

“Un bárbaro es antes que nada aquél que cree en la barbarie”  
Lévi-Strauss

**ADRIÁN RESTREPO PARRA** Profesor Instituto de Estudios Políticos Universidad de Antioquia

En octubre empezará la siguiente fase de la negociación entre el Gobierno y la guerrilla. De llegar las partes a un acuerdo, Colombia empezaría un proceso de consolidación de la paz, que no significa el cese de toda violencia sino el fin de la guerra. El camino por recorrer está lleno de riesgos, como los que representan quienes han amasado fortunas al calor de las balas y aquellos que han madurado sus mutuos odios. Pero quizás el enemigo más peligroso sea la indiferencia de las personas que por fuerza consuetudinaria se acostumbraron a la violencia política. Para este segmento de la población colombiana la guerra, si mucho, es un problema de otros.

Esta indiferencia termina por generar un silencio propicio para las posiciones radicales que rodean el proceso y por tanto puede contribuir a su fracaso. Esta situación, por ejemplo, favorece a las voces de quienes creen, solo con conocer el proceso de acercamiento entre Gobierno y guerrilla y los puntos de la agenda, que la paz saldrá demasiado costosa. O sea que cuesta dinero y privilegios que seguramente no están dispuestos a pagar.

Asistimos a un nuevo proceso de negociación donde todos quieren la paz pero nadie (o muy pocos) quiere cargar con los costos. Esta postura, por supuesto, es un espaldarazo tácito a la costumbre de matarnos por asuntos políticos. Quienes bajo el ropaje de ser “amigos” de la paz afirman que ésta es costosa lo que hacen es afirmar subrepticamente que la guerra es más barata y

*Los mayores costos de la paz no son propiamente los económicos en términos de cuánto vale un proceso de reinserción y toda la parafernalia propia de un posconflicto. Los costos que más atemorizan a los pretendidos “amigos” de la paz que la consideran costosa son los cambios que podría darse al orden político colombiano, sobre todo los cambios en temas como el de la tenencia de la tierra. Ante esta posibilidad prefieren seguir por el viejo y tortuoso camino de la confrontación armada defendiendo una concentración de la riqueza que a todas luces resulta escandalosa como bien lo indican las mediciones mundiales que ponen a Colombia entre los países más ricos de la región y también entre los más inequitativos.*

que es a la vez la única solución para este viejo conflicto armado.

Los mayores costos de la paz no son propiamente los económicos en términos de cuánto vale un proceso de reinserción y toda la parafernalia propia de un posconflicto. Los costos que más atemorizan a los pretendidos “amigos” de la paz que la consideran costosa son los cambios que podría darse al orden político colombiano, sobre todo los cambios en temas como el de la tenencia de la tierra. Ante esta posibilidad prefieren seguir por el viejo y tortuoso camino de la confrontación armada defendiendo una concentración de la riqueza que a todas luces resulta escandalosa como bien lo indican las mediciones mundiales que ponen a Colombia entre los países más ricos de la región y también entre los más inequitativos.

El regateo que se dará en la mesa de negociación no estará exento de la presión de los distintos sectores de la sociedad colombiana e internacional interesados en participar directa o indirectamente de los acuerdos a los cuales las partes sentadas en la mesa puedan llegar. El silencio de lo que genéricamente puede llamarse la sociedad civil ante el proceso de negociación facilita que múltiples intereses saquen

“tajada” de la negociación a riesgo de que en tal puja la negociación termine por romperse.

La paz, que será el resultado general de la negociación, no es un bien para el disfrute de uno de los actores de la mesa, ella compromete el ámbito más amplio de la sociedad colombiana. Por ello, tendría que ser esa sociedad en su conjunto la más interesada en que la negociación surta los efectos esperados. Con tal pretensión, las fuerzas vivas de esta sociedad tendrían que ejercer una sana presión sobre los negociadores en el sentido de que ninguna de las partes deje la mesa hasta llegar a un acuerdo definitivo. No se trata de rodear al Gobierno o respaldar a la guerrilla, lo que interesa es que cese la guerra. Y ese interés es prioritario para quienes suelen ser las víctimas de la confrontación militar.

Si alguna paz es costosa es justamente esa que quiere alcanzarse por medio de la guerra. Colombia lleva más de cincuenta años y miles de pérdidas humanas, entre otros costos, intentando consolidar una paz así. Que una década después de una negociación fallida estemos presenciando un nuevo intento por resolver las diferencias políticas priorizando el diálogo es una oportunidad que no debería dejarse pasar por alto. Todas las personas que han manifestado su cansancio y repugnancia por la guerra tienen el compromiso de lograr una paz duradera y en estos momentos una de las primeras tareas que de allí se desprende es pujar porque el proceso de negociación, centrado en los cinco puntos pactados entre los actores principales de la guerra, se desarrolle hasta su etapa final.



Desde cuando el presidente de la República Juan Manuel Santos confirmó los acercamientos de su gobierno con las Farc una de las preguntas más recurrentes entre los analistas, los columnistas, los escépticos, los pacifistas y demás ha sido si en esta oportunidad sí fructificará un proceso de paz con el grupo insurgente o si, por el contrario, será, una vez más, otra fallida negociación.

En torno a una cuestión similar, el Grupo de Investigación Cultura, Política y Desarrollo Social de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia promovió el conversatorio en el que los invitados León Valencia, Gerardo Velásquez y Jorge Ceballos plantearon sus puntos de vista respecto de si el proceso en ciernes es un acuerdo para perpetuar o para culminar la guerra.

El director de la Corporación Arco Iris y columnista de Semana, León Valencia, se declaró sorprendido por los acercamientos adelantados por las partes en La Habana, Cuba, “para terminar el conflicto armado”, muy diferente a la agenda del Caguán, que era con final abierto y, por tanto, no establecía el propósito último de las negociaciones.

Valencia, quien lleva dieciocho años analizando el conflicto interno colombiano después de haberlo



Foto Luis Javier Londoño Balbín

## ¿Será esta la última vez?

vivido desde adentro como militante del ELN, subrayó que Santos en el discurso de presentación del inicio de las conversaciones expresó que era una condición ineludible establecer la mesa para terminar la guerra, mientras que Timochenko aseguró que no se pararían de la mesa hasta lograr ese propósito.

“Es muy posible que esta vez sí vayan en esa dirección”, dijo el analista político, y añadió como un elemento más que en el texto de la agenda está explícita la dejación de armas, cosa que nunca había permitido las Farc en una agenda.

Señaló como errores de anteriores negociaciones justamente no tener un final cerrado, como también sucedió en Tlaxcala y Caracas; adelantar de manera muy visible y pública cada paso de la negociación; avanzar los diálogos en territorio colombiano, que degeneraron en espectáculo y en espacio para que los actores hicieran política.

En contraste, consideró como

positivo que esta vez las negociaciones se harán lejos del territorio colombiano, de manera discreta.

La otra enseñanza evidente, recalcó, “es que están al frente los que deciden el conflicto colombiano, el acompañamiento internacional equilibrado y la agenda realista, porque implica, no la toma del poder, sino reformas que atacan las causas del conflicto”.

Entre tales asuntos, recordó, está la reforma agraria, que ha sido el corazón del conflicto; la inclusión política; el narcotráfico; las víctimas que están en el centro de la agenda y un colofón de dejación de armas y del proceso de inserción.

“Es una agenda realista, pero profunda, que sentaría las bases para una paz duradera”, reiteró.

### Finales

El profesor Gerardo Velásquez, del Grupo de Investigación Cultura, Política y Desarrollo Social, se refi-

rió a los dos tipos de negociación tradicionales y en particular a los acuerdos de paz entre la guerrilla y el establecimiento colombiano.

El modelo de “final cerrado”, explicó, es el que en la teoría de la negociación se homologa al estilo blando de negociación, el cual se reduce a un intercambio donde una de las partes evita los conflictos y busca obtener un acuerdo basado en la buena voluntad, presuponiendo que toda negociación se produce entre personas que van a poder entenderse.

“Lo crítico en la aplicación de este modelo —advirtió—, es el alto grado de frustración y sentimiento de engaño que potencialmente genera en la parte que se la juega decididamente a un final cerrado al momento de evaluar los costos y beneficios obtenidos en el proceso, en comparación a los que obtuvo la otra parte”.

El modelo de “final abierto”, por el contrario, se equipara con lo que en la teoría de la negociación se denomina el estilo duro de negociación, en el cual —explicó Velásquez— por lo menos una de las partes expresa una débil cooperación con la otra o, incluso, la cooperación ni siquiera existe, y el objetivo es alcanzar los máximos beneficios en el corto plazo, concibiendo de entrada que una de las partes ganará y la otra perderá.

En la implementación de este modelo, dijo, “lo crítico es la actitud de improvisación, además de temeraria, que se origina en una o ambas partes cuando buscan conseguir resultados favorables a corto plazo que puedan neutralizar las posibilidades de actuación de la otra parte”.

El profesor investigador planteó que aunque el modelo de negociación implementado por los grupos guerrilleros en los acuerdos de paz de la década de los noventa fue el de un “final cerrado”, estos fueron procesos parcelados, que no lograron desactivar el conflicto armado puesto que importantes sectores guerrilleros no participaron.

Su apuesta, observó, “fue básicamente el cambio del régimen político, en el entendido que una profundización de la democracia y una transformación de las estructuras políticas garantizaría el cambio de las condiciones sociales y económicas”.

Por su parte, para el ex personaje de Medellín, Jorge Ceballos, los puntos de agenda convenidos no suponen una negociación fácil, pero coincidió en que está pensada para acordar la paz, cesar la confrontación armada entre la guerrilla de las Farc y la fuerza pública, generar condiciones para el desarrollo económico y social del sector rural, en particular el relacionado con la tenencia y producción agraria y el bienestar de los campesinos.

Añadió que en tanto estén dadas estas condiciones deben acordarse los mecanismos para que quienes se reincorporen a la civilidad tengan participación real en las diferentes instancias de poder del Estado.

“Es evidente —dijo Ceballos— que estamos en frente de una negociación política de la que pueden surgir nuevas formas de relación entre el Estado y la sociedad, para democratizar la política, la distribución de la riqueza, el acceso a los bienes culturales”.

Al expresar como una pretensión esencial el que los colombianos puedan hacer política sin acudir a las armas en el entendido de que este proceso entre el gobierno y las Farc conlleve a construir una democracia real, Ceballos afirmó que es obligación de todos los demócratas rodear de garantías el proceso, y ni atravesarle palos en el camino, pero tampoco esperar más frutos de los que puede dar.

Es, reiteró, el inicio de un proceso de transformaciones políticas, sociales, culturales y económicas, que “debemos protegerlo de los francotiradores que le disparan desde todos los flancos y estar convencidos que desde el día en que sea posible la confrontación política sin armas, Colombia será un país en el que quepamos todos”, concluyó. ■LJLB